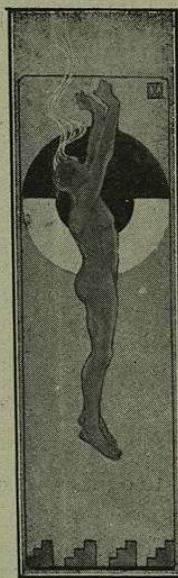


Yo que la nueva música idolatro,
al mirar cómo un público exigente,
crema de lo escogido de la gente,
te aclama, enloquecido, en el teatro,

con mis lágrimas todas en los ojos,
al ver cómo dominas á la bestia,
recuerdo tu valer y tu modestia,
y de tu vida todos los abrojos.



¿TE ACUERDAS?

A mi mujer.

El sol en el blanco pico
que finge erupción de gualda
y la brisa un abanico,
la pradera una esmeralda;

á la orilla de un riachuelo
que perenne canto entona,
decora una casa el suelo
y una colina corona.

Á la puerta, enorme perro
hace de fiero guardián
y por la falda del cerro
las reses vienen y van.

El toro lanza un bramido,
mezcla de reto y reclamo,
y al apagarse, de un nido
parece oirse: *te amo*.

El follaje da, al soplar
manso viento pasajero,
del monólogo del mar
un remedo casi entero.

Y las aves en bandadas
de innumerables colores,
son banderas desplegadas
de misteriosos señores.

El sol la tierra caldea,
dobla su tallo la rosa
y sus alitas menea
cansada la mariposa.

Se oye el canto de un zagal
que renombra á su zagala,
el zumbido de un panal
ó el trabajar de una pala.

Huele á tierra removida,
á tomillo y á verbena;
y por la senda escondida,
tu paso se alza y suena.

¿Te acuerdas? . . . De la mansión
con nuestros hijos enanos
y uno mismo el corazón,
éramos los castellanos.





EN LA COSTA.

A Alberto Ituarte.

Entre el ramaje de mi bohío,
bajo una parra,
canta incansable todo el estío
una cigarra.

Gaya doncella
prepara alegre frugal comida,
escucha ella
la voz aquella
y canta, canta toda la vida.

Cuando regreso de mis labores,
la azada al hombro,
y miro abiertas todas las flores,
siempre me asombro

de aquellos seres tan bulliciosos y tan alegres;
de mis fatigas huyen las fiebres,
sonríe, en tanto.
me uno á ellos. Y también canto!





POR EL PACÍFICO.

A Don Celso González.

La onda negra se corona ufana
de niveas perlas al amor del viento;
y en ráfagas de ópalo y de grana,
tiñese por Oriente el firmamento.

Tímida huyó la noche presurosa,
sus crespones se pliegan á Occidente,
y con sus dedos de jazmín y rosa
abre Aurora á la luz el Continente.

Se mueve el mar en su extensión inmensa,
besando las escarpas de la orilla;
y el vapor de agua en gotas se condensa
en el follaje que murmura y brilla.

Produce un ruido de crugir de raso
el viento entre los verdes abanicos
de las altas palmeras, y al Ocaso
colórase la nieve de los picos.

Entonces es el mar cratera de oro,
únese espectralmente con el cielo;
y de las olas al confuso coro,
sobre la cumbre el sol levanta el vuelo.

Hay éxtasis en toda la Natura,
solloza ó canta el mar estremecido,
se oye rumor de besos en la altura
y parecen volver los que se han ido.

Su diadema de nieve la montaña
en diamantes deshace en las laderas,
ansiosa Flora en su frescor se baña,
erecto el pecho, curvas las caderas.

Siguiendo alborozada la corriente
baja tendiendo las abiertas manos,
llevada sobre el rápido torrente,
por la barranca á los vecinos llanos.

Al bordear el bosque, por la falda
del monte, extiende en la corriente lenta
sus miembros sonrosados; y de espalda,
en el agua, hacia el sol, mira contenta.

Y al separarse del pinar sombrío,
sin sozobra, ni pena, ni fatiga,
encuadra el cauce del sereno río
en grandes lienzos de madura espiga;

y penetra, sonriéndose, en los valles
bajo del fresco platanar, que cubre
á los cafetos que en estrechas calles,
su fruto encienden bajo el sol de Octubre.

El manglar la saluda, cariñoso,
y el naranjo la suelta cabellera
le perfuma al pasar, y en el sabroso
chirimoyo su miel deja certera.

Se pierde en los ancones que la caña
atruena con el ruido de sus hojas,
y alrededor de la feliz cabaña
guirnalda tiende de amapolas rojas.

Sorteando los plácidos alcores,
viste á la enhiesta roca del esporo;
y, policroma, cúbrelos de flores
donde brillan los élitros de oro.

Penetra en el jardín del potentado
como en el baile penetrara Ofelia;
y en el jarrón de mármol cincelado
yergue feliz la azálea ó la camelia.

Y así llega, siguiendo su camino
á la aridez batida por la ola,
mientras cumpliendo su fatal destino
corre hacia el mar abandonada y sola.

¡Oh, diosa de la verde vestidura,
que corres por los valles y los montes;
y cubres, á la luz brillante y pura,
de esmeralda los anchos horizontes!

Un término fatal marca á tu anhelo
la nieve deslumbrante de la cumbre
que entre las gasas de combado cielo,
recibe el beso de la excelsa lumbre;

otro fatal también, el Oceano,
llega á fijarte en su salobre espuma
Así la vida entre uno y otro arcano
en fulgores y ráfagas se esfuma . . .

¿Esos rumores de hojas son suspiros?
¿Ese reír de la corriente es llanto?
Repite el aire en sus revueltos giros
lo mismo que el placer el desencanto.

Y se encrespan las olas y babeán,
y ensaya el tiburón entre las aguas
sus mandíbulas férreas; cabecean,
sacudidas, las frágiles piraguas.

Ennegrecida bóveda de plomo
cubre rápida el sol en un momento;
y ya las olas se levantan, como
amenazando al alto firmamento.

En medio del fragor se oyen á veces
ayes, lamentos, gritos, maldiciones,
crugir de dientes y ardorosas preces,
notas sueltas de báquicas canciones.

La lobreguez en el espacio aumenta,
la voz del huracán apaga el ruego,
sus corceles fustiga la tormenta
con su estallante látigo de fuego;

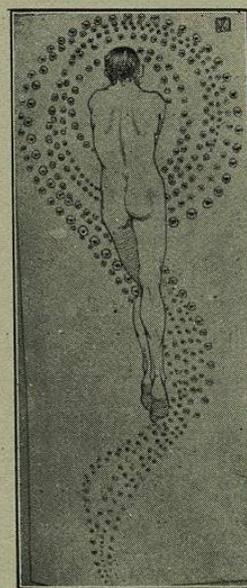
y cuando pasa el huracán sañudo
que ha cuajado en granizo en la campiña,
ah! ya no hay flor en el collado mudo
que de las frondas la verdura tiña.

¡Oh cielo, oh tierra, oh mar! ese gemido
que en los términos todos se dilata,
de mi doliente pecho ha resurgido,
ráfaga de dolor que hiere y mata.

En vano volverá la Primavera
coronada de flores y seguida
de rumores de besos, por doquiera;
¡ya no florece el árbol de la vida . . . !

Nace la cuna de la tumba ignota;
y de la vida desatar el nudo
es grato, ¡ay! si Juventud embota
del Tiempo la guadaña con su escudo.

¡Oh cielo, oh tierra, oh mar! hacia la Nada
juntos marchamos por fatal sendero,
haya calma ó tormenta desatada,
¡Oh vida! sólo sé que por ti muero!





VESPERTINA.

A Julio Luján.

En la cumbre el sol flamea
en retirada triunfal,
entre el frondaje otoñal
una casa en Galilea.

En la silenciosa aldea
un ruido desigual
de algún trabajo habitual
que por los aires ondea.

Un viejo el palo acepilla,
un niño trabaja ufano;
y á la moribunda luz,

el anciano se arrodilla
y el niño tiene en la mano,
regocijado, una cruz.



JUSTO SIERRA.

“Palmas, triunfos, laureles, dulce aurora
de un porvenir feliz, todo, en una hora
de soledad y hastío,
trocaste por el triste
derecho de morir, hermano mío.”

J. Sierra.

Cuando te conocí, sobre la fosa
de Acuña resonaba tu palabra;
te vi de lejos. *Que esa tumba se abra,*
dije, al oír tu musa poderosa.

*Dos inmortalidades hay en esa
tumba, clamé: el vate que se ha muerto
y el que eleva su voz en el desierto
con tanto sentimiento y entereza.*

Porque fundamental se irguió la roca,
cimiento del amor, con tus dolores,
y tantas esparcistes, tantas flores
¡toda una primavera era muy poca!

En el aula después oí tu acento,
(acababa de oír á Altamirano);
mas fuiste tú quien, con robusta mano,
me diste la verdad y el sentimiento.

Eras de Egipto scribe á nuestros ojos,
émulo de Tucídides en Grecia,
un vengador en Roma de Lucrecia
y rival de Dantón entre los rojos.

Entonces fui flexible, como arcilla
en manos de Ghiberti sobrehumano,
y al atracar en tierra mi barquilla,
caí de hinojos, te besé la mano,

(esa mano que he visto en la tribuna
señalar el progreso victoriosa
ó mecer en la cátedra la cuna
del ideal, en la estación hermosa).

Y te la beso aún, noble maestro.
La solución me diste de la vida:
sé bueno, me dijiste. En la caída,
si no he sido mejor, es por siniestro;

siniestro que en vorágine me arranca
de cuajo en la existencia pasajera,
mas que no alcanza á la celeste esfera
de tu conciencia inmaculada y blanca.

El amor, como apóstol, has vertido;
y la luz ha bajado de tus labios
cual baja de los labios de los sabios,
venero que la sed no ha consumido.

Puede el insulto salpicar tu túnica.
Tu alma está en un mundo sin reposo
donde sólo llegar, es ser coloso
y ver, bajo las plantas, la fe púnica.

Ya mirarás, de tu alto ministerio,
nueva Jerusalén llena de palmas,
que es tener en el mundo *encargo de almas*
en la meditación y en el misterio.

Cuando pasen los años y se vea
tu estatura moral, tan grande y pura,
¿do encontrará cinceles la escultura
ó nuevas formas hallará la idea?.....





EN UNA COMIDA CAMPESTRE.

Al chato Elizaga.

Oh! cómo brota de la roca oscura
el manantial risueño y transparente!
cuál refresca en las frondas el ambiente
que las mueve con gárrula blandura!

Cuando inquieta se lanza en la espesura,
qué dulce dialogar de la corriente!
Tiene una alma feliz que vive y siente
de aves y flores y hojas la hermosura.

Si darnos quiso así Naturaleza,
ese, para la sed, tesoro grato,
que en nuestra mesa su lugar recobre;

fuera vinos, champañas y cerveza,
y brindemos aquí, pésele al Chato,
con el agua, Señor, de *Peña Pobre*.



NATURALEZA.

A Eduardo Prado.

Fijate en la impasible Naturaleza;
cómo bajo la encina frondosa y fuerte,
áspera entretejiéndose la maleza,
oculta los reptiles de artera suerte;

cómo cantan las aves entre las frondas,
pobetas de la aurora, gayos y fieles,
mientras mueven abajo siniestras rondas
de los crótalos rudos sus cascabeles.

El insecto royendo los palos broncos
es seguro arquitecto de los reptiles,
la enredadera enfiesta todos los troncos,
ajenos á ser el os guaridas viles.

Detén el paso y mira: los nidos breves
donde pían inciertas las nuevas crías;
y cuidate, no avances, que los alevés
atisban al que pasa todos los días.

Tiéndese en la pradera dorado el trigo
y cerca ya resuena parduzca nube:
es la langosta hambrienta, es su enemigo,
que para devorarlo saltando sube.

En las inmediaciones, un fértil huerto
que esplende á la mirada con sus rosales....
Las abejas las flores han descubierta,
es la materia prima de sus panales.

La vida es implacable; y de la muerte
tan sólo se alimenta, doquier que sea;
y rodando el planeta todo es inerte
á la bondad, la gloria, la fe, la idea.

Y en cambio, el hombre sueña con un eterno
creador justiciero de aqueste Orbe,
en el cielo divino y en el infierno
y en la oración inútil se hunde y absorbe.

Ponte en pie y aperece todas tus armas;
Humanidad, tú eres único amparo,
arroja de tu pecho falsas alarmas,
las selvas de la vida son las de Varo.

Naturaleza mata de un modo mismo
á los seres humanos y á los reptiles.
Necesita la cumbre cerca un abismo
y nuevas invernadas, otros abríles.

Nutra el bien y el trabajo tu vida, y luego
te reciba en su seno Naturaleza.
En su laboratorio no sirve el ruego.
¿Tu ser ha fenecido? . . . La larva empieza.

Y en tanto, vive sabio, útil y bueno.
Compadece á los malos y á los serviles;
en la Naturaleza vive sereno,
pues no todas sus fuerzas nos son hostiles.





Llegada de Jesús E. Luján á la «Revista Moderna.»

A UNA POETISA.

Para Jesús E. Luján.

Bajo la obscura sombra
de su hoja brillante
viven las violetas

Cuando alguno te nombra,
parece que, arrogante,
quiere llevar poetas
en el ojal de su *jacquet* elegante

Y es la violeta la que al fin procura
hacerse más notoria
(¿es verdad que le gusta la espesura?)

Ella á la ostentación así se presta;
porque es cosa segura,
que si no ama la vida, ni la gloria
y quiere ser modesta,
debe huir la bulliciosa fama;
y no andar en París, en Grecia ó Roma,
tentando con lo grato de su aroma,
al prócer, al poeta y á la dama.

